



ALFREDO CASTRO

# EL DELIRIO Y LA CAUTELA

TIENE DOS CARAS. SU LADO FRÁGIL Y EMOTIVO, QUE SE DESPLIEGA EN LA VIDA ÍNTIMA, CON SUS MUJERES: LA ACTRIZ TAIRA COURT Y SUS HIJAS, YMARA Y AGATHA. Y EL MÁS PÚBLICO: DONDE PONE SU INTELIGENCIA Y PROVOCACIÓN EN CADA PIEZA TEATRAL QUE DIRIGE. Y ASÍ SE CONFIRMA EN *MANO DE OBRA*, UN RELATO CRUDO BASADO EN LOS TEXTOS DE DIAMELA ELTIT.

POR CAROLA SOLARI. FOTOGRAFÍAS: ÁLVARO DE LA FUENTE.





**A**lfredo Castro es un hombre con silencios. De repente calla y se va, lejos. Quizás a ese lugar donde habitó en su infancia de niño tímido y melancólico que hablaba poco, por no decir nada. "En esa delgada línea donde se junta y confunde el sueño y la vigilia es donde habita un creador".

Y él lo es. Llegó al teatro, inspirado de alguna manera por su padre médico, "con vocación de servicio", al que sus pacientes le agradecían la dedicación, mandándole de regalo para Navidad sacos de papas o cajas de frutilla. A su manera, él quería imitarlo conjugando otros verbos: aportar, intervenir, provocar.

Su provocación, aclara, no es asunto de ego ni un plan preconcebido. Es lo que le sale para afuera cuando decide hacer teatro.

—Creo que si uno se pregunta por qué, la respuesta es que corresponde a una forma de pensar. No es que mi vida sea desquiciada, al contrario, soy muy cauteloso: sé exactamente cuánto pagué de gas o a qué hora se acuestan mis hijas. Creo tener una vida bastante centrada. Pero, efectivamente, deliro en el teatro.

Y se lanza a recordar un episodio ocurrido en Francia, en plena gira de la obra *Eva Perón*, donde él encarnaba a la diva. En el monólogo final, cuando ella reclama que la abandonaron, que la llevaron a desarrollar un cáncer, con los brazos abiertos sobre el escenario, se preguntó: ¿qué hago acá? "Entonces me di cuenta de que lo que me emociona no es el texto, es estar parado ahí sudado entero, lleno de sangre, baba y mocos. Lo que me conmueve es el acto teatral, no la obra en sí. Ser atravesado por esa energía es lo más lindo que a un actor le puede pasar".

Tiene 45 años y 25 de oficio, en los que ha trabajado profusa y obsesivamente. Ha ejercido la docencia, ha hecho teleseries encarnando personajes que ya forman parte del inconsciente colectivo, como el avaro Ernesto en *La Fiera*. Y, por supuesto, ha forjado un camino como director de teatro, montando con la compañía Teatro de la Memoria *La Manzana de Adán*, *Historia de la Sangre* y *Los Días Tuertos*, entre otras.

La más reciente, en cartelera desde octubre y hasta fines de enero, es *Mano de Obra*, pieza que explora cómo los empleados de un supermercado son explotados y denigrados en su trabajo, siempre amenazados por el temor de la cesantía.

—Cuando elegí esta obra, revisé qué estaba pasando a mí, al teatro, al país. Desde hace muchos años que con la Diamela veníamos pensando en hacer algo juntos. Ella me cala, motiva, apasiona. Entonces dije: 'este es el momento'. El contenido tiene que





**'EL CONTENIDO DE MANO DE OBRA TIENE QUE VER CON LO QUE ESTÁ PASANDO: EL LIBRE MERCADO, LO QUE ME SUCEDE EN LA TELEVISIÓN DONDE SOMOS TRATADOS COMO UN PRODUCTO, CUÁNTO VALES, CUÁL ES TU PRECIO. ESO ES SUCIO Y ME MOLESTA. YO NO ESTOY A LA VENTA'.**

ver con lo que está pasando: el libre mercado, lo que me sucede en la televisión donde somos tratados como un producto, cuánto vales, cuál es tu precio. Eso es sucio y me molesta. Yo no estoy a la venta.

La obra es fuerte, lo que se explica porque reúne dos intensidades: la de Diamela Eltit y la de Alfredo Castro. A ella pertenece cada palabra o más bien garabato, porque los personajes están en un permanente estado alterado. Vapuleados, humillados, furiosos, disparan contra el sistema, contra sus pares y contra sí mismos.

—Es muy linda la razón por la que ella utiliza ese lenguaje. Plantea que como ha sido devastado todo el sistema de sindicatos que existía en el Chile antiguo, entonces la gente no tiene un discurso estructurado para defenderse. Si le preguntas a un tipo por qué acepta trabajar 15 horas diarias y te pones a hurgar ahí, va a terminar diciendo una sarta de chuchadas.

Y no faltan las reacciones. Cuenta riendo una anécdota. Ocurrió hace pocos días, en medio de una función. Dos señoras 'pitucas' estaban en el público y reclamaban en voz alta que lo que veían era un espanto. Se fueron muy enojadas y al día siguiente llamaron al teatro para hacer sus descargos.

—Me interesa que la gente reaccione. Que sienta. Que asista en silencio, que abra los ojos, que di-

ga qué brutalidad, como esas dos señoras. Lo peor que le puede ocurrir a una obra es que el público tome con indiferencia, que salga del teatro y no le quede nada. Se va y se olvida inmediatamente.

**ALFREDO CASTRO TOMA CAFÉ CORTADO Y FUMA.** Reclama contra las pequeñeces del día a día. Su computador se echó a perder, el técnico le pidió unos *diskettes*, que no tenía idea dónde estaban. Eso lo ofusca. "Estoy mal preparado para la vida cotidiana. Hay cosas que intento y no me resultan. Es lamentable que sea tan caótico, que no pueda tener ordenados los papeles o las cuentas. A mí esas tonteras me agobian".

Hace cuatro años, ya cumplidos los cuarenta, su vida dio un vuelco. La transformación vino de la mano de una mujer. Aquella que en *Mano de Obra* se tambalea sobre el escenario, con un vestido rojo ajustado y una bandeja con una copa de champagne que sostiene con la mano. Es Taira Court, la actriz rubia y delgada.

—Estaba triste como un perro. En ese tiempo, me había comprado una casa en Ñuñoa enorme, con muchas piezas, un patio con palmera, higuera y hasta una casa en el árbol. Y vivía solo. Me bajó la angustia porque dije 'por qué me la compré si no tengo a nadie, me voy a morir solo, ya se me pasó la vieja, mis amores no funcionaron'. Y de repente encontré a la Taira.

Ella fue una aparición. Estaba en la escuela donde hacía clases, cuando vio pasar a la estudiante de diseño. Ella tenía la misma atmósfera que una niña de la que se enamoró en la playa a los siete años. "Era preciosa, como la Taira". Cuando la vio pensó que era el amor de su vida, la mujer con que siempre soñó. "Ella llenó mis fantasías más profundas en cuanto a lo que es una mujer".

—¿De qué manera la abordó?

—Un día la invité a que me hiciera las luces en un examen para poder estar más cerca de ella, y ahí me contó que era casada y tenía una hija. Me enojé. Le dije 'cómo puedes ser casada, si eres tan joven'. Ahí me aparté porque no quería meterme en líos. Además, que ella tenía unas compañeras muy perversas. Se sentaban detrás mío en la escuela y comentaban: 'La Taira es tan feliz en su matrimonio'. Luego ella se fue con su marido a Inglaterra. Me dejó unas cartas que nunca me entregaron, se fue a despedir de mí, yo estaba haciendo clases y entonces me dejó recado con mi asistente: él nunca me dijo nada, ¡mi asistente, que se sentaba al lado mío, se quedó callado!

—Fue un complot en su contra.

—No sé qué pasó. Era como si la realidad no se pusiera de acuerdo con nosotros. Ella se fue, yo no supe de ninguno de estos gestos y pensé que la había perdido. Me quedé con la idea de que estaba bien en su matrimonio, pero no era así, porque allá terminaron.

—¿Le había confesado su amor?

—No, porque los dos somos bien especiales. Un día le regalé un libro y le puse una tarjeta con un cuadro de Klimt que se llama *El Amor*. Ella es igual de defendida que yo. Miró la tarjeta y me dijo: '¿qué significa esto?'. Casi me muero. Todo era así, raro, hasta que nos empezamos a sincerar. Eso ocurrió cuando volvió a Chile.

Pololearon dos años y vivieron seis meses juntos. Hasta que decidieron casarse. Entonces su vida se llenó de mujeres, incluida una nana. Porque Taira tenía una hija, Ymara, y juntos tuvieron otra,



